

Triduo del Santo Sepulcro - 1

26 de marzo de 2020. - Real Cofradía **Penitencial** del Santo Sepulcro –
Archicofradía de las Cinco Llagas de San Francisco y de San Juan Bautista

Éxodo 32, 1-14: *Tu pueblo se ha pervertido adorando un becerro de oro*

Salmo 105: *Acuérdate de mi, Señor, por amor a tu pueblo*

Juan 5, 31-47: *Yo doy testimonio de mi Padre, y Él da testimonio de mi*

Queridos amigos, damos comienzo con esta eucaristía, que muchos seguís en vuestras casas, a través de los medios de comunicación y las redes sociales, a los solemnes cultos del Triduo del Santo Sepulcro. ¿Quién nos iba a decir, hace tan solo un mes, todo lo que iban a cambiar en este tiempo las cosas, el ritmo de vida, el futuro, la percepción de la realidad, nuestra relación con Dios? En estos momentos, como creyentes levantamos nuestra mirada y nuestro corazón a Dios, que nos repite una y otra vez: *“No tengáis miedo”*. No tengáis miedo, no tengáis miedo... es la frase que más se repite en la Biblia, 365 veces, tantas como días tiene el año. Necesitamos escuchar y repetirnos esto de parte del Señor, en este momento de miedo, incertidumbre, fragilidad, y aislamiento. Queridos cofrades del Santo Sepulcro, que esperabais con ilusión la llegada de estos días para procesionar por las calles de Palencia, para sacar del armario vuestras túnicas, para ofrecer todo vuestro esfuerzo, ilusión, bien hacer y fe al Señor, ¡no tengáis miedo!

Estoy convencido que Dios siempre saca un bien de todo lo que sucede, por doloroso que sea. Si Él permite que el mal, el sufrimiento y el dolor nos golpeen, es porque quiere hacer despertar algo en el fondo de nuestro corazón. Dice el poeta León Bloy: *“El hombre tiene lugares en su corazón que todavía no existen, y para que puedan existir, el dolor debe entrar en ellos”*. Quizá es este uno de los propósitos de este tiempo: sacar lo mejor de cada uno de nosotros, despertar nuestras mejores energías, volvernos a Dios y dejar a un lado tantas distracciones y tantas cosas innecesarias. Fue en medio de las condiciones de vida terribles del campo de concentración de Auschwitz, cuando san Maximiliano Kolbe ofreció su vida en lugar de aquél condenado a muerte, casado y con dos hijos. Fue en aquella isla de Molokai, asolada por la lepra, de donde todas las autoridades políticas y sanitarias habían huído, donde padre Damián se santificó, permaneciendo junto a los leprosos, cuidándoles, consolándoles, contagiándose y muriendo con ellos. Y lo mismo podríamos decir de muchos otros, como san Carlos Borromeo en la

peste de Milán: en medio de las más duras tormentas se forjaron los marineros más experimentados. Esta es una tormenta, Señor, estamos en medio de ella, ayúdanos a poner nuestras vidas en tus manos, en estos momentos de incertidumbre, para poder ser luces de esperanza en medio de la oscuridad.

Quiero daros las gracias de un modo especial a los responsables de la Cofradía por invitarme a compartir con vosotros este triduo: sé que es un momento culminante de vuestra vida cofrade, y por eso estar ahora aquí es un honor que agradezco de todo corazón. Además, quiero daros las gracias porque permitiéndome estar aquí ahora con vosotros, tengo la oportunidad de conocer desde dentro y valorar mejor el mundo y la fe cofrade. Como sabéis, no procedo de este mundo ni he vivido cerca de él por tradición familiar, pero en mi recorrido como sacerdote, y ya son 17 años, he visto el papel que juegan las cofradías en la vida de fe de muchas personas, y por eso creo que la actitud obligada es el respeto y la admiración hacia este camino sencillo que acerca a tantas personas a Dios. Para llegar a Dios hay muchos caminos, y cada uno se acerca a Él a través del suyo: y el vuestro es la vía de las imágenes, de la belleza, de las cosas bien hechas, de la hermandad, y es desde luego un camino privilegiado, hermoso. Y no lo digo como cumplido, sino como realidad: la prueba de ello son tantos buenos frutos de caridad, de formación, de fraternidad, de cuidado recíproco, de fe, que produce esta cofradía a lo largo del año y que están a la vista de todos. Las cofradías cumplís una función muy importante: sacar la fe a la calle, hacer una catequesis viviente con los misterios más importantes de la vida de Cristo. Os animo a que sigáis así, cuidando este tesoro, y transmitiéndolo de generación en generación.

La crisis del coronavirus, que estamos viviendo, con su cuarentena obligatoria, nos ha obligado a parar repentinamente, a reflexionar y a orar. Más pronto o más tarde, este parón nos obliga a dejar a un lado las redes sociales, las iniciativas varias, el ruido de la tele o las distracciones, y pensar. ¡Qué miedo nos da esto, estar a solas con nosotros mismos! Experimentamos a causa de la pandemia los límites de la ciencia, que va más lenta de lo que quisiéramos; los límites de la razón humana, que bajo presión se deja llevar por el egoísmo, el miedo, la inconsciencia; los límites de nuestra humanidad, tan frágil siempre, física y psicológicamente, y la necesidad que tenemos de dar a todo un sentido. Necesidad de trascender, de ir más allá de lo inmediato, de lo material, aprender el valor del sacrificio, aprender a escuchar lo que nos dice la vida, y en último término, volvernos a Dios. La vida para muchos es a veces una carrera sin fin hacia no sabemos muy bien dónde. Este parón, justo en Cuaresma, es una oportunidad para pensar en la vida, en la muerte, en el dolor, en la vida eterna, en el amor de Dios. Ojalá que el mundo que salga de esta crisis sea un mundo distinto, y lo mismo nosotros.

En medio de todo esto, nos damos cuenta de que aunque la ciencia -Dios lo quiera- encuentre pronto una medicina para esta plaga, aunque las autoridades políticas y sanitarias gestionen de la mejor manera posible -Dios lo quiera- esta crisis, aunque los ciudadanos seamos responsables -Dios lo quiera- para evitar el pánico, el egoísmo, y la propagación del virus mortal, siempre habrá rincones en nuestra alma donde cabalgue libremente el miedo, situaciones donde experimentemos el límite, el dolor, la impotencia, la muerte. ¿Y entonces, qué? No estábamos acostumbrados a esto, a estar anclados a nuestra realidad, a que nos obliguen a estar quietos y en casa sin salir, a que nuestros planes, nuestra autonomía y nuestros deseos se vean truncados. Nuestros abuelos habían crecido en una escuela distinta, y sabían que un granizo, una enfermedad, un accidente, podían acabar en un instante con la vida. Y entonces, cuando las respuestas humanas eran insuficientes, sabían que podían elevar, con humildad y confianza, su mirada al cielo, a Dios. Nuestros abuelos sabían que, por muy buenos sistemas sanitarios que tengamos, por muy buenas medicinas, vivimos en un equilibrio muy frágil, estamos de paso y nuestras vidas están en las manos de Dios. Y que las pruebas de este mundo, el sufrimiento, el dolor, no tienen otra función que el de hacernos anhelar el cielo, la vida eterna y dichosa, y prepararnos para él, podándonos y puliéndonos. Nuestra generación del bienestar y la inmediatez ha mirado quizá con una sonrisa de superioridad y autosuficiencia a esos antepasados que sacaban en procesión, en tiempo de peste, a su Cristo o su santo, esas rogativas para pedir el fin de las plagas o la lluvia, esa fe humilde y confiada de nuestros abuelos, de los hombres del campo. Pensábamos que, en nuestros tiempos desarrollados, bajo el imperio de la ciencia y la técnica, esas cosas quedaban atrás, ya no las necesitábamos, estaban superadas, eran supersticiones de gente mayor. Y de repente la realidad nos devuelve a nuestro sitio y nos enseña a ser pobres y humildes, a ayudarnos entre nosotros, y a confiar nuevamente en Dios.

Queridos amigos, queridos cofrades: posiblemente no vamos a olvidar nunca esta Cuaresma, esta Semana Santa del año 2020. No sólo porque no pudimos sacar a la calle nuestras imágenes, sino principalmente porque fue el año en el que la vida nos obligó a parar, a sentirnos pequeños, a pensar en lo esencial, y a volver nuevamente a Dios.

Queridos amigos, queridos cofrades del Santo Sepulcro, unamos nuestro dolor, la frustración, las restricciones de este tiempo, la incertidumbre, el dolor de los enfermos y de los que han perdido a un ser querido, a la cruz gloriosa de Jesús, para que este tiempo sea fecundo y fuente de vida y de salvación para todos. ¡Dios os bendiga!

Triduo del Santo Sepulcro - 2

27 de marzo de 2020. - Real Cofradía **Penitencial** del Santo Sepulcro –
Archicofradía de las Cinco Llagas de San Francisco y de San Juan Bautista

Sabiduría 2, 12-22: *Acechemos al justo, que nos resulta molesto*

Salmo 33: *El Señor está cerca de los atribulados*

Juan 7, 25-30: *Yo no vengo por mi cuenta, sino que he sido enviado por Dios*

Queridos amigos, queridos cofrades, nos reunimos para celebrar la eucaristía en este segundo día del Triduo. Muchos de los que nos seguís a través de las redes sociales quizá estabais acostumbrados a participar otros años en esta misma capilla. Ciertamente es impresionante celebrar la eucaristía en estas circunstancias: los sacerdotes llevamos desde el día 14 celebrando la eucaristía solos, o con un grupo muy reducido de personas. Sin cantos, sin moniciones, sin ofertorios preparados, limitándonos a recitar las oraciones del misal, a unirnos a la plegaria de la Iglesia. ¿Tiene sentido celebrar la misa así, sin gente, en estas circunstancias? Yo creo que es más necesario que nunca, porque la misa no es lo que nosotros hacemos, no consiste en celebrarnos a nosotros mismos, no depende de tener una iglesia llena o vacía, bonita o fea, pobre o rica: la eucaristía es celebrar a Dios, su presencia, su acción, su protagonismo. En la liturgia, somos servidores, no protagonistas. No depende de lo que hagamos, de lo que digamos, ni tampoco de nuestra perfección moral. Y esto, queridos amigos, nos da seguridad y alegría en estos momentos: saber que los sacerdotes, aún sin pueblo, estamos celebrando la eucaristía cada día por vosotros y por todos, abriendo una ventana del cielo a la tierra y de la tierra al cielo, ofreciendo a Dios las alegrías y los sufrimientos de los hombres, y suplicándole que derrame, sobre todos, su gracia, su fuerza y su luz.

Por eso, queridos hermanos, queridos cofrades, tened seguro que estos días del Triduo, en la patena, junto al pan y el vino, estamos ofreciendo al Señor vuestras vidas, que Él conoce tan bien. No sé si os habéis fijado en que, cuando el sacerdote presenta el pan y el vino al Señor en el ofertorio, mezcla una gotita de agua en el vino. Esa agua, solo una gota, representa que somos poca cosa, podemos ofrecer y aportar poco, pero ese poco, nuestras alegrías y sufrimientos, nuestras vidas, se unen a Cristo y son también transfiguradas por Él, en la consagración. Decía san Cipriano de Cartago, en el siglo III, explicando este gesto tan sencillo y tan bonito: *“el agua representa el pueblo y el vino representa la sangre de Cristo. Cuando en el cáliz se mezcla el agua con el vino, el pueblo se junta a Cristo, y esa mezcla ya no puede separarse más. Porque nada podrá separar a la Iglesia de Cristo”*. Así que, cuando dentro de unos instantes, cuando realicemos este

gesto, sabed que vuestra tristeza por no poder procesionar este año, el dolor de los enfermos y de los que perderán su trabajo, los esfuerzos de las familias por cuidar de los niños y de los mayores, el sacrificio de los médicos y enfermeras, los proyectos truncados, la vida de los que han muerto y morirán, todo se mezcla misteriosamente con el vino, Cristo lo carga sobre sí, lo asume y lo redime. No elimina el dolor, sino que lo redime, lo une al suyo para darle un sentido y hacerlo fructífero..

Queridos hermanos, en estos momentos nuestros ojos y nuestro corazón se dirigen inevitablemente a la imagen principal de vuestra cofradía, el Santo Sepulcro. Es una imagen bellísima, serena. Al parecer, su autor, Ramón Núñez, además de escultor era catedrático de medicina, por lo que la anatomía del cuerpo y las heridas son de un tremendo realismo y precisión. Pero, yendo más allá de lo que la imagen nos muestra, nos preguntamos acerca de su significado. ¿Qué representa esta imagen de Cristo muerto, llevado al sepulcro? Quizá esta pandemia nos ha hecho capaces de entender mejor y de identificarnos más con el dolor que expresa. Vuestro Cristo en el sepulcro simboliza la derrota del bien, del que es inocente por antonomasia, y la aparente victoria del mal. Todo lo que Jesús hizo y dijo, los milagros, las curaciones, las enseñanzas, las palabras de esperanza y perdón, todo fracasó, aparentemente. Fue aplastado y pisoteado. Aquél Viernes Santo fue el día más oscuro de la historia. Y esta es también nuestra propia experiencia, en tantas ocasiones: cada vez que nos sentimos derrotados, impotentes, cada vez que la mentira o el abuso salen victoriosos, cada vez que experimentamos nuestra fragilidad, nuestros límites, la pérdida de un ser querido, el zarpazo de la muerte, la inocencia que se hace añicos, la confianza defraudada o el bien que es demasiado débil como para salir victorioso, cada vez que eso sucede, nos estamos identificando con Cristo en su sepulcro, derrotado, muerto, fracasado, herido, abandonado por todos menos por Juan, María y las demás mujeres. Y por Dios.

En ese momento, Cristo carga sobre sí todos nuestros fracasos, toda nuestra negatividad, el pecado, el mal, el dolor, la injusticia. ¿Y cuál es el resultado de todo esto? Hay tres imágenes tomadas de la vida y de la naturaleza que nos pueden ayudar a entender lo que sucede en la Pasión de Cristo, y la fuerza redentora de la vida entregada por amor: el grano de trigo, la uva y la aceituna. El grano de trigo, tal cual, no se puede comer. Para poder convertirse en pan necesita ser triturado, y convertirse así en harina. Pero esto no es un proceso automático y menos aún indoloro: en los molinos, una gran piedra gira sobre otra, y los granos que caían entre las dos son aplastados y de ellos sale un polvo blanco, nuevo, con el que se puede hacer el pan, los dulces, tantas cosas. Lo mismo la uva: si no es aplastada en el lagar y desaparece como tal, no puede brotar de ella el mosto, que después se convertiría en vino. Igual sucede con la aceituna: sólo

cuando es prensada y aplastada, nos ofrece el delicioso aceite. Son tres ejemplos sencillos pero potentes de cómo la muerte, vivida con amor, es fuente de vida nueva.

En una situación normal, es decir, sin presión, sin sufrimiento, sin morir a la forma antigua de vida, sin desaparecer de algún modo, jamás el trigo nos hubiera dado la harina, la uva el mosto, o la oliva, el aceite. Estas situaciones que estamos viviendo en esta pandemia, el dolor, la presión, la angustia, el miedo, la muerte, aunque aparentemente parece que nos destruyen, pueden ser una oportunidad para sacar lo mejor de nosotros mismos, para convertirnos en personas nuevas, para enseñarnos a ser humildes y a confiar en Dios, para que de nuestro corazón brote la harina, el vino y el aceite.

Hay una frase de C. S. Lewis, el autor de las Crónicas de Narnia, que dice lo siguiente: *“Dios nos susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, pero nos grita en nuestros dolores. Ese es su megáfono para despertar a un mundo de sordos”*.

Queridos hermanos, esta crisis terrible, los muertos, la incertidumbre, la conciencia de nuestra fragilidad, la parálisis en la que nos encontramos desde hace 15 días, es el megáfono con el que Dios está intentando despertar a este mundo de sordos. Un mundo que no despertaría quizá “por las buenas” y por eso tiene que hacerlo a la fuerza, obligado por las circunstancias, bajo presión.

Y en medio de todo esto, os invito a hacer un acto de confianza en el amor de Dios, el mismo que hizo Jesús la noche del Jueves Santo en el Huerto de los Olivos, y el mismo que hizo en la cruz cuando recitó el salmo 22: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. Os invito a que le digáis al Señor: *“Señor, sé que no me traes aquí para acabar conmigo, para dejarme morir. Sé que todo esto tiene un propósito, sé que cuidas de mi y nunca me dejas sólo, sé que me das pruebas, pero me das también la fuerza y la gracia para superarlas. Sé que el paro, la depresión, la muerte, la soledad, el divorcio, la enfermedad mental, las calumnias, el cáncer, no van a acabar conmigo: son sólo el molino donde Tú quieres que mi trigo se convierta en harina, mi uva en vino y mi oliva en aceite. Una parte de mi tiene que morir para que algo nuevo pueda surgir, Señor. Pongo mi vida en tus manos, y te ofrezco todo lo que soy, porque uniendo mis pequeñas cruces y heridas a las tuyas, la vida nueva puede brotar. Las tinieblas del Viernes Santo no tienen la última palabra, confío en Ti, Señor, no me dejes solo”*.

Triduo del Santo Sepulcro - 3

28 de marzo de 2020. - Real Cofradía **Penitencial** del Santo Sepulcro –
Archicofradía de las Cinco Llagas de San Francisco y de San Juan Bautista

Ezequiel 37, 12-14: *Os infundiré mi espíritu y viviréis*

Salmo 129: *Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa*

Romanos 8, 8-11: *El Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros*

Juan 11, 1-45: *Yo soy la resurrección y la vida*

Queridos hermanos y amigos cofrades, y todos los que formáis parte de esta familia o seguís a través de los medios este triduo: que el Señor, con su gracia, su paz y su alegría, se haga presente en vuestras vidas y en vuestros hogares. Hoy celebramos el tercer y último día de este Triduo, que nos prepara para una Semana Santa que seguramente va a ser única e inolvidable.

Para muchos de vosotros, estos días previos a la Semana Santa eran días de emoción, preparativos y nerviosismo. Había que tener a punto todos los detalles para que las procesiones pudiesen salir: las flores, los objetos que acompañan a los pasos, las túnicas... Una preparación exterior que iba acompañada de esa otra preparación interna, del corazón y la vida, a través de la cual todos los cofrades le decían al Señor y a su Madre, con o sin palabras, de manera más o menos consciente o explícita: *“Jesús, María, yo os quiero acompañar en vuestro vía crucis. Yo os presto mis manos, para alumbrar; mis pies, para cargar y caminar junto a vosotros; mi silencio amoroso, para acompañar, mi música y mi trabajo. Os pido que, cuando termine la procesión, seáis vosotros los que me acompañéis en los caminos rectos o tortuosos de mi vida”*.

Queridos amigos, aunque este año los pasos no van a salir, estas actitudes tienen que estar presentes también en el corazón de cada cofrade. Este año *“la procesión va a ir por dentro”*, pero podemos seguir identificándonos y acompañando a Cristo sufriente, y a su Madre Dolorosa. Se nos ha quitado toda la estructura exterior, todo posible protagonismo y nos quedamos solos, delante del Señor y de su Madre, que nos preguntan: *“¿La cofradía es para ti una familia? ¿Tratas de colaborar, de valorar las distintas cualidades de cada uno, de respetar al prójimo, de comprometerte? ¿Te preocupas si un hermano está enfermo, o en paro, o atraviesa una crisis personal o familiar?” ¿Ser cofrade es para ti un modo de ser cristiano, es decir, el fundamento de todo es tu fe y tu amor a Dios? ¿Cuidas los momentos de oración personal, lectura de la Biblia, celebración de la liturgia? ¿Eres sensible y estás atento y disponible a socorrer a los hermanos en necesidad económica, personal o espiritual?* Queridos hermanos, son preguntas para

el examen de conciencia personal, que quizá nos ayudan a pensar en nuestras motivaciones cofrades, a purificarlas si son incorrectas o consolidarlas si son las adecuadas.

Para todos vosotros, esta Semana Santa va a ser muy especial por los sacrificios y renunciaciones que entrañará. No podremos participar en las procesiones y en los Oficios, no podremos acompañar a los pasos por las calles, tocar para ellos, no podremos lanzar un beso o una oración al aire a nuestra imagen, o cruzar con ella una mirada de complicidad que encierre, sin palabras, todo lo que pasa por nuestro corazón. Pero este dolor lo podremos unir al dolor de tantos otros, y ofrecerlo no a regañadientes, sino por amor. Unirlo al dolor de los enfermos en los hospitales, y a la soledad de los ancianos en las residencias; al dolor de los que han perdido a un ser querido, del que no han podido despedirse, y al que no han podido decirle por última vez *“Te quiero”*; al dolor del padre que no sabe si tendrá empleo y podrá llevar un sueldo a fin de mes a casa con el que sacar adelante a su familia; el dolor del que tenía un proyecto que se vio truncado, o del que está viviendo este tiempo de confinamiento en soledad, sin fe o sin esperanza. El dolor es como la lluvia: se puede desperdiciar por las alcantarillas o se puede aprovechar para algo útil y bueno. El dolor, vivido con sentido, aceptado, ofrecido por amor, puede dar mucho fruto, puede transformar el corazón más endurecido, puede hacer crecer y madurar en poco tiempo más que años sin problemas ni contratiempos.

Este año la **cruz de guía** no irá abriendo nuestro camino, pero la cruz de Jesús tiene que seguir identificándonos como cristianos y guiándonos en las sendas de la vida y en las decisiones que tomamos, y dándonos fuerza para cargar cada uno con nuestras cruces, que a veces son también muy pesadas. Detrás de la cruz no desfilarán los **cofrades**, pero podemos recordarles, sus rostros y sus vidas, pedir por ellos, llamarles e interesarnos por cómo están pasando esta cuarentena, y echar de menos y valorar de verdad el vernos y estar juntos, y pertenecer a esta familia cofrade. No podremos llevar con orgullo nuestro **hábito** y sus **insignias**, pero eso no impedirá que demos testimonio público de nuestra fe en la calle, en el trabajo y en la familia, sin ocultar nuestro rostro por vergüenza o timidez. No podremos llevar nuestro **cirio**, para alumbrar la oscuridad de la noche, pero seguiremos siendo luz que lleva un poco de calor y alegría a este mundo y a los hombres, tan heridos y tan sedientos de Dios. No podremos, a lo largo de las horas de la procesión, **contemplar en silencio y orar**; pero podremos hacerlo en nuestras casas, o cuando todo esto termine, devolverle la visita a nuestro Cristo y a nuestra Virgen para darles las gracias por haber salido de esta. No podremos prestarle al Señor nuestros brazos y nuestros pies para **cargarle** en los pasos procesionales, con toda la fuerza y generosidad que encierra este gesto, pero si podremos aceptar los sacrificios que tan a menudo nos presenta la convivencia familiar, o la pesadez que encierra la

monotonía del día a día o el cumplimiento de nuestras obligaciones. No podremos llevar el **incienso** e ir con él perfumando las calles de la ciudad y creando esa atmósfera mística que ayuda a tantos a rezar; pero con nuestro comportamiento, palabras y ejemplos, podremos desprender el buen aroma de Cristo y acercar a otros a Dios. No podremos desempeñar una tarea de **dirección y organización**, al frente de la cofradía, pero podremos asumir con alegría y actitud de servicio nuestro papel de padres, de madres, de abuelos, de maestros, de policías, de líderes en uno u otro sentido, en algún aspecto de la vida. No podremos acompañar los pasos con la **música** de nuestras bandas y nuestros instrumentos, para lo que nos habíamos estado preparando con esfuerzo durante todo el año; pero podremos llevar, no ya la música, pero sí la belleza de una sonrisa, de un gesto de amor, una palabra oportuna o un acto de servicio hecho sin que se entere la mano izquierda. Y algunos, que quizá acompañábais a los pasos como **penitentes**, por un voto, una promesa o una tradición familiar, descalzos o cargando una cruz, este año que no podréis hacerlo, ofreced al Señor el sacrificio de no poder salir, o una limosna, o, cuando todo esto pase, vuestra disponibilidad, tiempo y capacidades en un voluntariado, o un pequeño compromiso en la misma cofradía o cualquier otro ámbito. Finalmente, cuando los pasos volvían a su capilla y se cerraban los portones, no podréis **recoger, limpiar, ordenar**, pero esa actitud de servicio discreto y atentos a las necesidades de los demás será un signo de amor concreto que podréis seguir ofreciendo a Dios y al prójimo, en las mil tareas y oportunidades que nos brinda el día a día.

Aquellos que no miran con buenos ojos vuestro mundo y espiritualidad, dicen que los cofrades **“resucitan en Cuaresma y mueren en Pascua”**, es decir, exactamente lo contrario que Jesús y el resto de los cristianos. Este año es una ocasión de oro para demostrar que eso no es verdad, y para hacer más fuertes las raíces que mantienen viva en vosotros esta tradición y esta devoción, y para demostrar con los hechos que el cofrade lo es siempre, cuando procesiona y cuando no, en Semana Santa y en el resto del año.

Queridos hermanos: animaros a todos desde la distancia a vivir con profundidad y fe estos días de la Semana Santa. Es una Semana Santa diferente, pero no podemos permitir que sea una ocasión perdida. Dios, a través de estas circunstancias difíciles, quiere sacar mucho bien, quiere acercarnos más a Él, quiere acercarnos más entre nosotros, quiere ayudarnos a redescubrir lo esencial en medio de tantas cosas accesorias. Pongamos nuestra vida en sus manos, renovemos nuestro amor a Él y acompañémosle en estos días, no ya con nuestras túnicas y junto a los pasos, sino desde nuestras casas, desde la oración, la fe y la devoción.

Julio J. Gómez Otero